

Entrevista Ana Teresa Torres, psicóloga y miembro de la academia venezolana de la lengua "La palabra no es inocente, puede ser tan violenta como un hecho"

"La palabra no es inocente, se ha dividido al país entre buenos y malos, y eso no se resuelve de un día para otro"

ELVIA GÓMEZ

EL UNIVERSAL

Ana Teresa Torres se disculpa repetidamente por ofrecer una visión tan poco optimista del país. Premiada y reconocida en el mundo de la literatura de ficción, no encuentra en la realidad espacios para la lucha. Cree que lo mejor para quienes no comparten el régimen político dominante es refugiarse en sus valores familiares y esperar a que pase el chaparrón. "Esos son los reductos que las sociedades utilizan para la construcción de la democracia". Como psicóloga advierte que el discurso oficial genera dependencia y hasta infantiliza a la sociedad.

-Usted ocupa un sillón en la Academia Venezolana de la Lengua ¿Qué puede decir del uso que desde el poder se hace de la palabra?

-La retórica en la política venezolana siempre ha abusado de la palabra y de la emocionalidad, pero el extremo que estamos viviendo ahora es un fenómeno nuevo, lo que interesa es el discurso y no los logros de las políticas públicas. La comunicación del líder con el pueblo es fundamentalmente pasional, de amor-odio. El líder ama al pueblo y del otro lado están los enemigos. Los enemigos han variado, pero en general son difusos: el imperialismo, las elites históricas, económicas, políticas y profesionales, porque ese concepto de elite incluye la capacitación. Es una retórica vengativa, reivindicativa que hace ver a ese "pueblo" como una entidad abstracta. El líder habla por el pueblo y así los ciudadanos pierden su individualidad.

-¿Qué consecuencias tiene ese discurso?

-La palabra no es inocente, puede ser tan efectiva y tan violenta como un hecho, porque daña la subjetividad. Ese discurso está produciendo una emigración de jóvenes profesionales que no tiene precedentes históricos. Se repite "bienaventurados los pobres" como si fuese una condición deseable y todo ese sentimiento de odio, de desconfianza se dirige hacia los valores de clase media que tienen que ver con la excelencia, el desarrollo individual, el esfuerzo personal, el logro a través de la educación.

-Esa es la tesis del ministro Adán Chávez, la de privilegiar la igualdad de condiciones en lugar de la igualdad de oportunidades y cuestionar a la educación como mecanismo de ascenso social.

-En Venezuela surge en los años 60 y 70 una poderosa clase media gracias a la educación. Hubo una movilidad social que creo que en pocos países del mundo tuvo lugar. Es cierto que esos valores mermaron pero fue la educación la que logró homogeneidad social. Toda esa teoría sobre el "hombre nuevo" es muy antigua y ya fracasó.

-¿Ese discurso maniqueo nos desmoviliza?, ¿nos impide desarrollarnos?

-Ese discurso de la víctima y el enemigo nos ha fracturado. Nos divide en dos bandos irreconciliables, así no se puede construir una sociedad homogénea. Esa tampoco es una técnica tan extraña, la usó el Nacionalsocialismo contra los judíos. Es posible que ese discurso produzca una gran dependencia y pasividad y en cierta forma es un discurso que infantiliza a las personas en la medida en que la idea de bienestar no va en función de su esfuerzo y desarrollo personal sino en función de su fidelidad política. La parálisis viene dada por una retórica que está más sostenida en el discurso que en los logros efectivos.

--¿Cómo impacta en la sociedad la exacerbación del odio en conmemoraciones como la del 27F?

-Es la idea de estimular, de impulsar todo lo que sea la ruptura del orden. Eso no impacta positivamente, hacerle ver a las personas que su reivindicación política es salir a la calle a saquear. Ese no es un discurso democrático, la posibilidad de rebeldía es la posibilidad de pensar críticamente, de cambiar un gobierno por una vía electoral democrática; esto es exaltar el bochínche, incluso la violencia.

-¿Y qué beneficio obtiene el Gobierno?

-El odio a la democracia. Eso se vincula con la solicitud de extradición de Carlos Andrés Pérez, hacer ver que los enemigos del pueblo son los partidos políticos.

-¿Alimentar ese monstruo del odio y el resentimiento coloca al Gobierno en la posición de un día ser víctima de lo que ha creado?

-Sí, sí, eso no está descartado. Yo tengo la impresión de que ese líder amado es también un líder muy temido en la medida en que lo puede todo. La gente también piensa: *¿Qué ocurre si se voltea contra mí ese padre tan poderoso? Ese líder poderoso me quitará todo lo que me había dado o no me dará todo lo que me había ofrecido.*

-Escuché decir a Germán Carrera Damas que la monarquía moldeó a la sociedad venezolana en la obediencia y los gobiernos autoritarios nos disciplinaron en el temor. ¿Cuál será el daño que con esos antecedentes tiene el discurso permanente de exacerbación del rencor?

-Me es difícil ser optimista, se ha producido mucho daño. La palabra no es inocente, se ha fracturado, se ha dividido el país entre buenos y malos y ése no es un problema que se pueda solucionar de un día para otro. Estamos hablando de un discurso de años, es toda una generación, niños y adolescentes que han crecido en este régimen.

-¿Es posible construir ciudadanía en este marco?

-Es imposible. Jamás el discurso político habla de ciudadano sino de "pueblo", lo que es usual en las dictaduras fascistas. El que puede ser democrático es el individuo y es así como nace en Europa en el siglo XVI esa fuerza del individuo contra el poder del Estado. Aquí tenemos un discurso opuesto: borrar la ciudadanía. Lo que hay son cosas muy aisladas como la familia, ni me atrevo a decir las instituciones educativas.

-¿No hay rendijas para enfrentar esa tesis?

-Una rendija puede ser la familia. Pero esta idea de eliminar la excelencia, el mérito, ya se está aplicando en los colegios, ya no se puede raspar a los niños, tal vez ocurra luego en las universidades.

-¿Y las academias? No se ha visto una reacción pública a pesar de las múltiples materias que abordan.

-Las academias no tienen una función política en el sentido de vincularse a esta lucha. No creo que eso vaya a ocurrir.

-¿Qué resortes emocionales pueden tocarse para que la población reaccione ante las imposiciones del régimen?

-Eso es muy difícil, eso es como la fe religiosa. Cuando una persona tiene fe religiosa no se le puede convencer de lo contrario. Por ejemplo, ese dinero que se le regala a otros países, la lógica racional diría que las personas deben estar muy molestas, pero no. Si ellos creen en su líder, que es bueno y los ama, esos regalos son una muestra de su generosidad y ellos son parte de esa bondad, eso en la dimensión subjetiva.

-¿Entonces Hugo Chávez es el Presidente que se merece Venezuela de acuerdo a su grado de madurez emocional?

-Bueno, los hechos dirían que sí, pero ese discurso genera cada vez mayor dependencia, mayor temor, mayor necesidad de culto a la personalidad. Sobre una base anterior el discurso exalta la fidelidad política y el no tener criterio propio. El discurso ha empeorado y va a seguir deteriorando ese nivel de una subjetividad que se entrega en manos de un líder.

--Puede Venezuela llegar a los niveles de Haití, no de pobreza material, sino de resignación social?

-Yo creo que hacia allá vamos, por eso la emigración de la clase media, esos son los que no quieren aceptarlo, gente joven que prefiere pagar ese precio.

-¿Lo que nos queda es atravesar el desierto?

-Claro, pero los tiempos históricos tienen fin, lo que pasa es que los tiempos de vida también son largos.

-En su discurso de incorporación a la Academia de la Lengua usted hablaba de que los países felices no son los que se dedican a pensarse sino a construirse ¿Cómo hacer cuando a un sector de la sociedad venezolana la única opción que se le deja es soñar con el país que quiere?

-Lo que yo veo como factible más allá de ese discurso político que nos arrastra y que no podemos controlar y que invade la privacidad -porque estás viendo la TV y ponen cadena- es lo que ocurrió en países de Europa del Este, que las personas tienden a replegarse y proteger esos valores en la intimidad en la medida en que no lo pueden hacer públicamente. Esos son los reductos que las sociedades utilizan para la construcción de la democracia.

-Según su opinión lo que nos queda es aguantar el chaparrón

-Yo no veo en este momento otra posibilidad. No hay ningún espacio político en el cual la oposición democrática tenga algún atisbo.

-¿Y en ese contexto cuál es el futuro del sector cultural?

- También se ha dividido siguiendo esta lógica: un sector público oficial que mantiene sus proyectos y tiene muchísimos recursos y el sector privado donde mantenemos nuestra vida muy intensa. Hay un divorcio casi perfecto y creo que los intelectuales que no nos hemos identificado con el Gobierno hemos logrado sostener la vida cultural, buscando otro tipo de apoyos y alianzas.

egomez@eluniversal.com